**Domingo XIV del TO  
Ciclo C**

3 de julio de 2022  
Is 66, 10-12  
Sal 65  
Gal 6, 14-18  
Lc 10, 1-12.17-20  
*Eduardo Suanzes, msps*

En la profecía de Isaías de la primera lectura, el profeta nos anuncia un mundo en que estaremos todos reunidos en comunidad, simbolizado esto por estar todos en Jerusalén, la nueva Jerusalén. Este nuevo modo de vivir se caracteriza por lo siguiente: Abundancia, Consuelo, Abandono, Confianza, Riqueza, Alegría, Paz, Fecundidad, Presencia de Dios…

Es como si el profeta nos anunciara que los anhelos más profundos de nuestro corazón, nuestras aspiraciones, se verán realizadas, cumplidas sin el menor asomo de duda.

En la segunda lectura Pablo nos dice que esas aspiraciones profundas, que él las traduce por Paz y Misericordia no son algo mágico con lo que somos regalados sin más, que nos caen del cielo un buen día inesperadamente. No; esas aspiraciones se realizan con la condición de que nos demos cuenta de que son una conquista propia de las criaturas nuevas que somos. En efecto, por el bautismo hemos sido regenerados, convertidos en criaturas nuevas que comienzan a caminar por un nuevo camino, un proceso que va haciendo posible que lo profetizado por Isaías se vaya haciendo realidad, manifestándose cada vez con más claridad en nuestra vida. El secreto, la llave del tesoro, el modo de cómo realizar cada uno de los pasos en ese camino nuevo también nos lo dice Pablo: vivir en la alegría de la cruz.

La Cruz no es una forma de vivir negativa; la cruz es la forma en que damos los pasos en ese camino. La cruz tiene la particularidad de que dando los pasos desde ella, se avanza en el camino, es decir, lo profetizado por Isaías se manifiesta. Si los pasos se dan sin la cruz, es decir, desde nosotros mismos, desde nuestro yo egoísta, ese paso, en lugar de ir para adelante nos dirige hacia atrás y lo profetizado por Isaías cada vez se esconde y se hace más oculto en nuestra vida.

La cruz es la forma como damos los pasos en el camino y esos pasos tienen tres características: amor, pureza y sacrificio. Amor, porque todo ha de estar sellado desde él, de lo contrario se convierte en una búsqueda personal. Pureza: porque la intención que pongamos en los pasos que damos deben apuntar solo a Dios como único blanco de todas nuestras aspiraciones; no debe haber en ninguno de nuestros pasos del camino nada que apunte a nosotros mismos. Y sacrificio: porque la cruz es salida de nosotros mismos teniendo como referencia no ya nuestro interior, sino la misma referencia de Jesús: el Padre y los hermanos. Salir de nosotros mismos duele, porque nuestro yo egoísta quiere exactamente lo contrario. Un amor que no tenga el color de la entrega y la donación propias es un amor mercenario. Todo acto sellado con la cruz es un acto que hace emerger el consuelo, la alegría, la abundancia, la fecundidad, la Paz…, la presencia de Dios.

En el evangelio, antes del episodio de hoy, Jesús había enviado a los Doce a la misión de predicar y curar[[1]](#footnote-1). Ahora elige a «*otros setenta y dos discípulos*», es decir a otros que no son los Doce. Y son Setenta y dos, al parecer, en función de la creencia judía de que era ese el número de las naciones paganas[[2]](#footnote-2). Según la concepción de Lucas, la magnitud de la tarea —«*la mies es abundante*»— requiere no sólo la misión de los Doce, sino el envío de «*otros setenta y dos*» discípulos. La razón de este «duplicado de envíos, obedece a la idea de que la «misión» no puede quedar restringida al grupo de los Doce, sino que también «otros» tienen que proclamar con su testimonio el significado salvífico de la persona y de la palabra de Jesús.

Dice el texto literal en griego que: «*los envió delante de su rostro a toda ciudad por donde él iba a pasar*». Es una descripción muy sugerente, pues es como indicar que los enviados están siempre delante del rostro de Jesús, nunca desprotegidos. Es como que al ser enviados por Jesús se garantiza su presencia en todo aquel que realiza su misión.

Si nos fijamos en el texto, parece que hay dos características que salen a flote en la actividad misionera de los enviados: la premura eficiente y la previsible hostilidad.

Premura, por un lado, porque la predicación del Reino no tolera estorbos de ninguna clase. Lo que les quiere decir Jesús es que los enviados han de darse cuenta de que su cometido no va en la línea de los convencionalismos sociales, ni busca tampoco la comodidad: de ahí las frases de que no habrá tiempo para saludos, ni para exquisiteces en la comida, ni para alojamientos confortables. Su proclamación ha de ser: «*El Reino de Dios está cerca de ustedes*». Su preocupación por el Reino ha de ser la que tiene el segador por su mieses, que tiene que cosechar antes de que se pudran.

Pero también hostilidad, por otro lado. Ellos son enviados «*como corderos en medio de lobos*». Dada las condiciones del envío, ellos están débiles frente a todo tipo de ataques y enfrentamientos.

Pero, como hemos escuchado, las instrucciones de Jesús no contienen únicamente la misión de proclamar el Reino y curar las enfermedades, sino que incluyen, además, una insistencia en la «oración»; hay que pedir a Dios que envíe colaboradores, porque así lo requiere la abundancia de la cosecha. El éxito de la misión dependerá no sólo del trabajo de los discípulos, sino también de una súplica perseverante[[3]](#footnote-3).

1. Cfr. Lc 9, 1-6 [↑](#footnote-ref-1)
2. Hay que decir que en algunos códices antiguos se muestra en el texto el número «setenta», mientras que en otros aparece el «setenta y dos». Además había dos ramas en el judaísmo que pensaban que el número de las naciones paganas era «setenta», mientras que otros creían que era «setenta y dos», según Gn 10, 2-31. «Setenta» parece más un número cerrado…pero «setenta y dos» es múltiplo de doce… Así que todo queda en el aire: ¿error de copistas o intencionado? Difícil saberlo. [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Joseph A. Fitzmyer. *El Evangelio según Lucas III. Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1986 [↑](#footnote-ref-3)